

EMILY BARR

EXTRAÑOS EN EL TREN NOCTURNO

DOS DESCONOCIDOS SE ENCUENTRAN EN UN TREN.
SOLO UNO LLEGARÁ A SU DESTINO

Traducción:
ÁLVARO ABELLA VILLAR



MAEVA

Prólogo

Enero

Tendría que haber llegado hacía ya dos horas.

Una persona no puede desaparecer de un tren en mitad de la noche, pero parece ser que eso fue lo que le sucedió a ella. Se subió al tren en Paddington —al menos que nosotros sepamos—, pero no se bajó en Truro.

—Seguro que está bien —le dije. Mis palabras, improbables y manidas, permanecieron suspendidas en el aire. Traté de dar con una explicación. Tras descartar la amnesia y el sonambulismo, la verdad es que solo quedaban dos, y ninguna de ellas serviría para tranquilizar a su marido.

—Eso espero. —Tenía el rostro arrugado y sus ojos parecían haberse hundido bajo unos párpados ligeramente caídos. Todo él se derrumbaba a medida que, poco a poco, ya no podía seguir aparentando que su mujer iba a entrar por la puerta en cualquier momento. Su cara estaba, no sé muy bien cómo, colorada y gris a la vez, con la tez moteada e irregular.

No se me ocurría qué hacer, de modo que volví a preparar café. Él miraba su teléfono, buscando una vez más algún mensaje que pudiera, de alguna forma, haber llegado en silencio, a pesar de que había subido al máximo el volumen del móvil y se había llamado desde la línea de casa, solo para estar seguro.

—El próximo tren llega en siete minutos —informó.

Puse la cafetera al fuego. Abrí unas cuantas puertas de los armarios de la cocina, buscando algo sencillo, algo que él pudiera comerse sin darse cuenta.

Resultaba extraño estar en la cocina de otra persona, sumida en lo que me temía que iba a ser la fase inicial del colapso total en la vida de un hombre a quien ni siquiera conocía. En realidad, ya estaba en mitad del precipicio, agarrándose con la punta de los dedos a un endeble matojo de hierba.

Le llevé unas natillas en una bandeja.

Las vistas eran espectaculares, pero el único punto en el que ambos podíamos concentrarnos era la pequeña estación que teníamos en primer plano. Cuando el chirrido de unos frenos anunció la inminente llegada del tren, él se puso en pie y apoyó las manos en el cristal de la ventana para observar. Habría sido capaz de perdonarle cualquier cosa a su mujer con tal de que apareciera, asomando por detrás del tren y arrastrando una maletita —yo estaba convencida de que tendría una maletita con ruedas; es típico de la gente como ella—. Le daría igual dónde hubiese estado, qué hubiese estado haciendo, y con quién.

Había amanecido con el cielo frío y despejado, pero ahora se estaba cubriendo con nubes que avanzaban con rapidez. Se agrupaban encima de nosotros, esperando su momento; la luz cambió de repente y, aunque todavía estábamos en mitad de la mañana, se volvió oscura como si fuera un atardecer.

Esperamos, en suspense, los segundos que tardó el trenecito de dos vagones en llegar al final del ramal y vomitar sus escasos pasajeros. La mayoría se había bajado en Falmouth Town, la parada anterior.

En contra de mi voluntad, mi corazón se aceleró cuando cuatro pasajeros surgieron al fondo del andén. Una pareja de pelo cano, con ropa de montañeros, mochilas y bastones de caminar, avanzaba con determinación por el aparcamiento. Se dirigían —estaba segura—, a la senda de la costa. Un joven con un patinete bajo el brazo iba a paso lento tras ellos, envuelto en una pesada chaqueta, con bufanda y gorro de lana. Por último, apareció una mujer.

Sería más o menos de la misma edad que la de ella, pero era bajita y parecía nerviosa. Mientras la observábamos, miró a su alrededor y se detuvo al final del aparcamiento, esperando algo. Llevaba una mochila a la espalda. Los dos seguimos mirando hasta que un coche frenó delante de ella. La mujer sonrió, se relajó y abrió la puerta de atrás para meter la mochila antes de sentarse delante.

No era ella. Claro que no. Ya no esperaba que lo fuera.

La lluvia, casi aguanieve, comenzó a salpicar la ventana.

—Deberíamos llamar a la Policía —le dije.

Fingió no haber oído.

PRIMERA PARTE

Lara

1

Agosto

Lo tengo a mi lado, en el balcón. Me ofrece la taza verde que su horrible madre me regaló por Navidad. Abajo, un tren entra en la estación. Es de dos vagones, lo más largo que admite ese andén.

—Su té —dice, en un tono burlón y ceremonioso—. Espero que cuente con la aprobación de *madame*.

No cuenta con mi aprobación, pero claro, no puedo decirlo. Envuelvo la taza entre mis manos e intento componer la expresión adecuada. Sabe qué tazas me gustan, y sabe que esta en concreto no es una de ellas. No puedo decirle que esas trivialidades me importan. Me pondría un razonable gesto de sorpresa, abriendo los ojos como platos.

—Gracias —digo.

Nos apoyamos en la barandilla a contemplar la ciudad, nuestros brazos se rozan. El sol brilla sobre el tren en la estación y sobre los muelles que hay detrás. Más allá, la curva de la ciudad, que abraza el puerto. En el agua se ven destellos y deslumbrantes puntitos de luz que vienen y van con el movimiento de las olas. Al otro lado del estuario, los árboles, las tierras y las casonas de Flushing reverberan con este calor, inusual incluso en agosto. Hay gaviotas posadas en formación sobre el techo de uno de los almacenes del puerto. Están haciendo el equivalente a tomar el sol de los pájaros. El calor es casi molesto en mi piel, el salitre en el ambiente, que normalmente no noto, el reflejo del sol en el agua, todo aquello me trae a la mente, de pronto, días de la infancia olvidados hace largo tiempo.

—Parece una ilustración de un libro infantil, ¿a que sí? —comento—. Estación. Cargueros. Buques de guerra. Veleros. Coches. Camiones. Todo debería llevar una palabra escrita debajo. —Hago como que escribo las palabras con la mano, bajo el aparcamiento de la estación—. ¿Cuántos medios de transporte distintos puedes ver?

Él me mira a mí, no a las cosas que señalo, así que giro la cabeza para mirarlo.

—Sí. Y esos trastos que agarran cosas. —Señala a las máquinas del puerto—. Y los cacharros gigantes de metal que levantan cosas. Es el paraíso de los libros de ilustraciones.

Me acerco y le toco el brazo. Tiene el vello mullido y rubio. Hasta esta conversación nos ha llevado demasiado cerca del asunto que intento evitar, solo porque ya no queda más que decir. Cambio de tema, doy un sorbo al té —como de costumbre, es más o menos la mitad de fuerte del que me haría yo— y señalo las casas que quedan a nuestra izquierda.

—Y allí, ¿cuántas vidas distintas podemos ver? Miles de casas. Todas esas ventanas. Todas las cosas que pasan dentro. Apuesto a que ahí abajo suceden cosas mucho más extrañas de lo que te puedas imaginar.

Él mira en dirección a las casas.

—¿De lo que yo me pueda imaginar, o de lo que cualquiera se pueda imaginar?

—Cualquiera —aclaro, posiblemente demasiado rápido.

Sam se cambia la taza de mano y me pasa un brazo por encima del hombro. Me apoyo en él. Es grande como un oso, corpulento pero no gordo. Eso siempre me ha gustado. No me considero de esas mujeres que necesitan un hombretón fornido que cuide de ellas, pero me agrada su robustez.

—¿Recuerdas que mi amiga viene esta tarde? —digo—. La que conocí en el *ferry*.

—Ah, sí. Me lo contaste. ¿Cómo dijiste que se llamaba?

—Iris.

—Eso, Iris.

No le hace gracia. No quiere que nadie forme parte de nuestra vida. La verdad es que no tenemos amigos. Invité a Iris precisamente porque eso es algo que quiero cambiar.

—Esta parece la primera vez en siglos que pasamos el rato sin más —comenta. Parece nervioso—. Ya sabes. Es agradable no estar todo el rato con conversaciones serias. Hicimos nuestros planes, el destino se burló de nosotros.

Me preparo para la parte de que todo sucede por alguna razón.

—Todo sucede por alguna razón —continúa—. Y creo que todo esto ha pasado para unirnos más, y porque hay algún niño en alguna parte. En China, quizá. O en el Himalaya, como siempre dices tú. Un niño que nos necesita. Así está escrito. Estoy seguro.

—Vaya, acabas de transformar esto en una conversación seria.

—Oh, lo siento.

Respiro hondo.

—No pasa nada —digo.

Ha hecho este mismo discursito cientos de veces, y puede que tenga razón. Igual la infertilidad y todo lo demás sucedió por algún motivo impreciso e indefinible. Igual hay un niño en un valle de Nepal que está destinado a ser nuestro. Pero no tenemos la opción de tomar un avión para ir a descubrirlo. Hasta los de Visa, que prestan dinero a todo quisqui, se niegan a financiarnos más aventuras.

Es verdad lo que dice Sam. Siempre estoy hablando del Himalaya. Siempre he soñado con ir allí, alquilar una casa a los pies de una montaña y pasar meses y meses en aquel clima fresco y despejado, paseando, contemplando el paisaje y existiendo. Lo haría mañana mismo. Pero nunca he ido, ni siquiera cuando teníamos tanto dinero que no sabíamos qué hacer con él, porque a mi marido no le apetecía. Siempre terminaba llevándome a lo que él llamaba «unas vacaciones más convenientes».

Quizá mi bebé esté, de hecho, esperándome allí, pero no puedo llegar hasta ella, o hasta él. Resulta inquietante.

—Te quiero —me dice—. Puede que nos hayamos quedado sin dinero y sin opciones de tener un niño para hacer que merezca la pena, pero te quiero.

—Yo también te quiero —me apresuro a responder.

—Lara.

Nos apoyamos el uno en el otro, sintiendo el sol en nuestras cabezas y nuestros brazos desnudos. Contemplamos las vistas y nos tomamos el té. No hay mucho más que decir.

Tengo ganas de gritar, y a veces lo hago. En ocasiones, chilló con todas mis fuerzas, pero nunca cuando Sam está en casa. Cuando él ronda cerca, reprimo la angustia y me la guardo dentro. No puedo contarle nada cercano a la verdad y por eso, supongo, nuestro matrimonio no es lo que él se piensa. Sam cree que estamos profundamente enamorados, tocados pero optimistas, listos para comenzar nuestro nuevo viaje, uno que no teníamos previsto pero cuyo destino es más maravilloso si cabe por ese mismo motivo. Piensa que vamos a estar siempre juntos, aquí en Cornualles, a cientos de kilómetros de nuestras complicadas familias. Se cree que formamos una unidad.

Yo preferiría estar soltera. Pero no puedo decirlo, claro que no. En secreto, agradezco que no hayamos tenido aquel hijo. A él le rompería el corazón oírlo. No ha sucedido nada en particular entre nosotros: ninguno de los dos ha sido infiel, y Sam nunca ha sido para mí nada más que tremenda e insoportablemente cansino. Me casé con el hombre equivocado, y era consciente de ello cuando lo hice, de modo que la culpa es mía y estoy atrapada.

Me pregunto qué diría Sam si supiera que siempre he tenido un plan de fuga, una mochila preparada y lista para agarrarla y marcharme en un santiamén. No lo hago por él, pero al mismo tiempo es revelador.

Me convencí de que el bebé, si llegaba, lo arreglaría todo, pues me ofrecería algo en lo que concentrarme y que amar. En realidad, sabía que la vida no funciona así. El bebé ha tenido suerte por no haber nacido.

Media hora más tarde me río en voz alta al darme cuenta de que parezco el ama de casa más sumisa del mundo: estoy sacando del horno dos mitades de un bizcocho, usando unas manoplas con estampado de flores, y llevo un delantal con volantes, una imitación barata del estilo Cath Kidston. Siento que estoy interpretando la vida de otra persona. Soy una criatura de ciencia ficción, metida en un cuerpo terrícola para ocultar mi verdadero ser. Por dentro hay alguien a quien Sam apenas conoce. La criatura de mi interior es fea y rabiosa, fría, frustrada y sarcástica. Lucho por mantenerla oculta porque Sam no se merece lo que sucedería si la dejo suelta.

Lo cierto es que no amo a mi marido. No lo quiero lo más mínimo. Como mucho, en los días buenos, me gusta. Puedo ver que es bastante mejor persona que yo, y esto provoca que lo desprecie más aún. Además, no sé muy bien cómo, eso me impide abandonarlo. Odio el té que prepara: es una leche aguada y templada, teñida de beis por un brevísimo flirteo con la bolsita del té. Cuando me lo bebo, pongo cara de asco pero la disimulo, porque después de cinco años intentando conseguir que lo prepare como me gusta ya he desistido.

Cuando llama a una grúa «cacharro gigante de metal que levanta cosas» con un «trasto que agarra» en la punta, me entran ganas de echar a correr y volverme a Londres chillando. Estoy casada con un hombre que llama al cargador del móvil «la cosa que se enchufa» y al mando a distancia, «el cacharro de la tele con botones». Esto, una costumbre que casi me resultaba graciosa en el pasado, se ha convertido en un manierismo que me lleva al borde del homicidio. Tengo que apretar los dientes y contenerme para no decir nada, una vez y otra y otra.

Me he pasado años proponiendo unas vacaciones de senderismo en Nepal, pero aunque él sabía que era lo que yo más quería en el mundo, continuamente encontraba motivos por los que no se podía realizar: un hipocondríaco dolor de rodilla, aversión a la altura, no contar con suficientes días de vacaciones para que mereciese la pena... Siempre terminaba llevándome a

playas, en las Canarias o en Francia. Aunque ya tenemos playas aquí y, de todos modos la playa es aburrida. Yo quiero montaña.

Las dos mitades del bizcocho están perfectamente hechas. Eso es porque cuando nos mudamos de Londres a Cornualles todavía teníamos dinero y nos compramos una cocina Smeg de gama alta. No teníamos ni idea de que estábamos a punto de malgastar todos nuestros ahorros en tres ciclos infructuosos de fecundación in vitro. De haberlo sabido, me habría apañado con un horno que fuera miles de libras más barato, y no habría pasado nada, aunque estos bizcochos en concreto saliesen algo menos esponjosos.

A ninguno de los dos se nos pasó por la cabeza que la naturaleza no encajaría con nuestros planes. Éramos, o eso nos parecía, una pareja súper fabulosa y exitosa que conseguía lo que se proponía. Unos profesionales londinenses que se mudaban a una casita con vistas al puerto de Falmouth para formar una familia. Sam quería que tuviéramos una niña, luego un niño, y después un tercero, sin preferencia de género. Serían rubios y sanos, aprenderían a navegar en lanchas neumáticas y jugarían al *rounders* en la playa.

Dejo los dos bizcochos sobre la rejilla para que se enfríen y pongo los moldes en remojo en el fregadero. Se me dan bien estas tareas terrícolas. Nadie que me viera podría sospechar. Ser una malvada alienígena camuflada resulta solitario.

A Iris su novio también le produce sentimientos contradictorios. Eso fue lo que me atrajo en ella. Nos reconocimos la una en la otra. Estoy convencida. Por eso le he preparado este bizcocho.

A veces deseo poder querer a mi marido, pero si lo quisiera no sería yo. Prefiero ser yo, vivir una mentira e intentar no reunir las agallas para hacer lo correcto, en vez de la esposa afectada que él necesita.

Cuando la cocina está en orden y compruebo por el balcón que Sam está abajo en el jardín cortando el césped, corro a mirar mi correo. Una vez más, mi único contacto del mundo exterior proviene de mi amigo de confianza, money-supermarket.com.

Me siento y empiezo a teclear. Mi corazón late tan fuerte que puedo sentirlo por todo el cuerpo.

«Leon –escribo–. ¿Alguna novedad? Bsos. L.»

Luego, lo mando y lo borro de la carpeta de mensajes enviados. Sam jamás miraría mi buzón de correo electrónico, pero prefiero estar segura.

Suena el timbre exactamente a las tres y media. Cuando abro la puerta y veo a Iris, sonrío, repentinamente feliz. Si no hablo como Dios manda con alguien pronto, probablemente asesinaré a mi marido mientras duerme.

Iris lleva una falda liviana, las piernas desnudas y un casco de bicicleta en el brazo. Tiene el pelo largo, espeso y revuelto; castaño oscuro, pero rubio en las puntas.

–¿Vas en bici con esa falda? –digo, en lugar de saludarla.

–¿Sabes? Ni me lo planteo. Si hay alguien interesado en las vistas, que las disfrute. De todos modos, estoy segura de que a nadie le interesan.

–Pasa.

En el centro veo mujeres del tipo mamá bohemia, capaces de vivir aquí y ganarse un dinerillo como diseñadoras, escritoras o ilustradoras, y con frecuencia pienso que sería inmensamente más feliz si tuviera un grupo de amigas como ellas. Nos reuniríamos en el bar Town House, a los pies de la colina, a beber cócteles y botellas de pinot Grigio, y nos reiríamos de los aburridos de nuestros maridos. Eso es lo que hace la gente.

Iris representa mi primer paso en esa dirección. Es, creo, más o menos de mi edad, o quizá un poco mayor. Me gusta su excentricidad. Sé que tiene novio, y que le resulta exasperante. Todavía no lo conozco, pero me encantará conocerlo.

Iris me mira con una sonrisita, y me pregunto qué ve. ¿Ve a la perfecta esposa rubita, con sus mallas y su vestido de algodón, poniendo a calentar la tetera y llevando un impecable bizcocho

a la mesa junto a la ventana de la casa con vistas? ¿O percibe a la malvada alienígena asesina? Me apetece preguntárselo.

—¿Cómo estás? —digo; no puedo preguntarle lo otro.

—Bien, gracias —responde—. Genial, la verdad. La bicicleta me desentumece un poco. —Se lleva los dedos al pelo y deshace un nudo.

—Hay muchas cuestas por aquí, ¿no?

Asiente.

—Ahí está la cosa. Te matas subiendo una pendiente, y luego disfrutas del placer de lanzarte colina abajo todo lo rápido que puedes, y ya estás en mitad de la siguiente cuesta antes de perder el impulso. Hacen falta nervios de acero, por el tráfico, pero merece la pena. Hacía años que no montaba en bici, porque me daba miedo, pero luego pensé, ya sabes, que le den. ¿Qué más da? Un día empecé y es magnífico.

Miro alrededor. Sam sigue fuera.

—He preparado un bizcocho. Todos esos años de universidad han servido para algo. Podemos tomar té, ¿o prefieres una copa de Prosecco?

Sé que puede adivinar lo que yo prefiero por mi expresión, y, felizmente, accede.

—Bueno, el Prosecco estaría bien —dice—. Si a ti te apetece.

—Oh, claro.

—No parece que a nadie le preocupe que vayas un poco achispada en bicicleta. Casi seguro que hay alguna ley que lo prohíbe, pero a la única persona a la que puedes hacerle daño es a ti misma, supongo. La Policía, por suerte, tiene mejores cosas que hacer.

—¿Tu novio también monta en bici?

Inclina levemente la cabeza.

—Antes. Ahora no tanto. Es... Bueno, ahora es una especie de ermitaño.

Me apetece saber más, pero en vez de preguntar descorcho la botella, que suelta un agradable plop, y nos sentamos. Cuando Sam y yo compramos esta casa, nuestro futuro hogar familiar, tenía moqueta con espirales y un divino toque playero

y anticuado. Hicimos poquísimos cambios, porque me gustaba así. De todos modos, la moqueta tuvo que desaparecer y llegó el parqué. Se quitó el gotelé y el estucado lo sustituyó. Quitamos la horrible chimenea —un poco en contra de mi criterio; se acercaba bastante a ser lo suficientemente fea como para ser guay—, y la inevitable estufa de leña ocupa ahora su espacio. La casa es encantadora, comparada con otras cárceles. Está bien para enseñársela a la gente.

Cuando tuviéramos hijos, íbamos a ampliarla, a hacer más dormitorios, una habitación de juegos, una casita en el árbol y muchas otras cosas. Sam solía fantasear con huellas pringosas en las ventanas; pero las ventanas siguen impolutas.

—Esto es espectacular. —Iris contempla la vista.

—Nunca terminas de acostumbrarte, porque cada día la vista es distinta.

—Seguro. Si viviera aquí, me pasaría todo el tiempo mirando por la ventana.

—Básicamente, es a lo que me dedico yo.

Iris se ríe, aunque lo digo en serio. No tengo otra cosa que hacer. Ni siquiera he logrado encontrar un empleo de administrativa. Cada vez que me presento a algo, me vienen con la misma monserga: «Sobrecualificada», aunque no hay nada para lo que puedan servir mis cualificaciones. Todos los trabajos en mi campo —promoción inmobiliaria y arquitectura— ya están cubiertos. Se me pasó por la cabeza la idea de presentarme en el supermercado Asda, pero Sam me detuvo.

—¿Cómo van tus revisiones?

Estoy contenta por acordarme de eso. Iris y yo nos conocimos en el *ferry* de St Mawes una tarde. Nos pusimos a hablar sobre banalidades, y descubrimos que ambas lo habíamos tomado solo por el capricho de montar en barco. Cuando llegamos nos dimos un paseo. Soplaban un fuerte viento. A Iris el pelo le tapaba la cara y el mío empezó a escaparse de las horquillas y los pasadores. Luego entramos en un pub pequeño y oscuro en una carreterita y nos bebimos varias botellas de cerveza. Era todo inesperado, transgresor, y me gustó.

—Bueno, bien —dice—. Me gusta trabajar desde casa. Ser capaz de ponerme mis propios horarios, tener el control de mi vida laboral. —Su cara se arruga hacia arriba cuando se ríe y me recuerda la sonrisa de un bebé—. Suena como si fuera operadora de una línea erótica, ¿no? O como si me dedicara a posar en una webcam. Mi especialidad son los libros de Derecho. ¡Me va la marcha! Pero no me quejo, gracias. Debería escribir un diario. Sería el testimonio más aburrido del mundo. Cada día es exactamente igual.

—Yo escribía un diario —le cuento—. Cuando mi vida era interesante. No se puede releer un diario, ¿verdad? No sin echarse a llorar. Pero tu trabajo debe de resultar gratificante, en cierto modo.

—Sí, algunos días. Tienes que crearte un buen ambiente. Tengo la radio puesta todo el rato, la BBC 6, así que no paro de escuchar música. Pero también, y esto es clave para mí, mi novio está por ahí. Laurie. Él también trabaja desde casa, así que tengo bastante compañía. A los dos nos gusta la música. Es nuestro mundito privado. Te parecerá aburrido, pero es lo que me va.

Le paso una copa de Prosecco.

—¡Salud! —digo.

—¡Salud! —responde.

Doy un trago a la bebida, y en aquel instante me doy cuenta de que podría engancharme al alcohol con demasiada facilidad. Sería muy lógico dejarse llevar por la costumbre de beber todas las tardes.

—Así que ¿estáis los dos solos? —digo—. Como nosotros, Sam y yo.

—Sí —responde—. Te terminas recluyendo en tu mundito, ¿verdad?

—¿Te resulta agobiante?

—Creo que soy una ermitaña de corazón, y Laurie es más o menos como yo. Él, yo y las gatas. No es algo que le funcione a todo el mundo, pero a nosotros sí. De haber nacido en una época distinta, habría sido una buena monja de clausura o una mujer salvaje que viviese en una cueva en las montañas.

—Pues ya tienes tu cueva en Budock.

—Sí.

—Pero no estás sola.

—No.

—¿Cuántas gatas?

—Solo dos. —Me mira—. ¿Pensabas que iba a decirte dieciocho?

—Me lo preguntaba.

—Por suerte, todavía no he llegado a ese punto. *Desdémona* y *Ofelia*, nuestras heroínas de tragedia; les gusta un poco el drama. Con eso me basta.

Sam entra en la habitación dando fuertes pisadas.

—¡Buenas tardes, chicas!

Tiene la camiseta blanca pegada al cuerpo por el sudor. Solo Sam se pondría una camiseta blanca como esa. A John Travolta le quedaba bien, pero en mi marido demuestra falta de imaginación.

—Sam...

Me levanto y le pongo una mano en el brazo. Ahora caigo en la cuenta de que le pongo con frecuencia la mano en el brazo. Es una forma de mostrar disposición al contacto, pero al mismo tiempo lo mantengo en su mínima expresión.

—Sam, esta es Iris. Iris, mi marido, Sam.

Sam se dispone a estrecharle la mano, pero Iris se levanta y le da un beso en la mejilla.

—Os conocisteis en el barco —dice—. Me lo contó Lara. ¡Vaya! Le estáis dando a esa cosa de las burbujas.

Iris le ofrece una respuesta de cortesía cualquiera cuando oigo que suena mi móvil. Su anticuada melodía corta el aire, corro hacia él. Mi teléfono casi nunca suena.

Miro el nombre en la pantalla. Luego lo agarro y corro al balcón. Mi corazón late acelerado.

—Leon. —Cierro la puerta con firmeza. El aire es frío pero vigorizante—. ¿Cómo estás?

—Lara —dice mi padrino, el hombre que me conoce de verdad—. Ahórrate los formalismos. ¿Estás segura de que es esto lo que quieres?

Lo tiene. Lo noto en su voz.

—Sí, Leon, por favor. Tengo que hacerlo. No puedo seguir así.

Miro a Sam, observo cómo da un sorbo nervioso de mi copa, cómo corta un trozo enorme del bizcocho. Se sienta y resulta evidente que se estruja el cerebro buscando preguntas que hacer a la extraña que se encuentra a su mesa. Me gustaría que no resultase tan obvio que le molesta su presencia.

—Entonces, tengo algo para ti.

—Cuéntame —digo.

Mientras contemplo una nube purpúrea que avanza claramente por el estuario, Leon comienza a hablar, y un futuro empieza a abrirse ante mí.

2

Practico la forma de decirlo, encerrada en el cuarto de baño.

—He encontrado trabajo —le digo a mi reflejo. Me gusta la sensación que deja en mi boca. Casi no puedo imaginar el potencial que contienen esas palabras. Detesto cómo va a reaccionar Sam.

Necesito contárselo ya. Él sabe que estoy nerviosa por algo. Lo supo desde el momento en que terminé de hablar con Leon, regresé a la mesa y vacié mi copa de Prosecco de un trago.

«¿Qué pasa, Lara?», no para de preguntarme; y yo le respondo: «Nada», con una de mis enormes y relucientes sonrisas.

—He encontrado trabajo —vuelvo a decir a la chica del reflejo, que parece triste al pronunciar las palabras, pero sus ojos están encendidos por todo ese mundo nuevo que se revela ante ella. La obligo a practicar hasta que lo dice bien. Tener un trabajo es algo bueno. Hago un esfuerzo para añadir la parte importante:

—He encontrado trabajo, y es en Londres.

—¿Lara?

Tiro de la cadena, para disimular, y me recojo con una horquilla un par de mechones sueltos. Iris se ha marchado a su casa. Se fue de repente, cuando le susurré que tenía que contarle algo a Sam. Probablemente haya pensado que estoy embarazada. Ya arreglaré eso más tarde.

—¡Ya voy! —grito.

He encontrado trabajo, y es en Londres. Es una realidad que me resulta fascinante.

Soy londinense y me muero por volver. Nací y me crié allí, y fue donde Sam y yo nos conocimos y donde vivimos tres años, antes de decidir, en un arretrato repentino, que la razón por la que no me quedaba embarazada era porque todos los días nos pasábamos horas en el metro. La culpa era, concluimos, del ambiente, y no nuestra. Era toda esa otra gente, empujándonos, atropellándonos y metiéndonos prisa. Era el pintalabios, las tiendas y la contaminación, los autobuses que pasaban renqueantes frente a nuestro dormitorio en Battersea con toda la gente del piso superior a la altura de nuestra ventana; las carreras al supermercado Sainsbury's para comprar la cena de vuelta a casa; el hecho de que los paseos por el parque estuvieran bien, pero no fueran más que un sucedáneo de salir de la ciudad.

Y luego, cómo no, estaba el viejo cliché: como londinenses, apenas íbamos al teatro, a las galerías de arte, a los museos.

Ahora que vivimos en Cornualles, un viaje a la capital es algo especial. Hace año y medio que no vamos. Es excitante, está lleno de posibilidades. Hay tantas cosas que hacer allí para mí, ahora. Me superan.

Lo de mudarnos fue, naturalmente, idea de Sam. Un domingo por la mañana bajó las escaleras, en pantalón de pijama y una de sus muchas camisetas blancas, mientras yo estaba concentrada en una tarea del trabajo.

—¿A qué hora te has levantado? —preguntó, avanzando adormilado hacia la cafetera.

—No lo sé. —Recuerdo que tuve que hacer un esfuerzo por prestarle atención, por sonreír—. A las cinco, creo. He currado un montón. Ya casi termino.

—Jolín, Lara.

Me volví a mirarlo. Me daba la espalda mientras se servía una taza de café tibio. A mí me encantaba trabajar por la mañana temprano. Él jamás lo entendió. Se lo dije mil veces, pero siempre me miraba con aire de suficiencia, pensando que quería hacerme la interesante.

—¿Qué?

Hice un esfuerzo y dejé por un momento el trabajo. Se acercó y se sentó a mi lado. Alcancé mi taza de café, aunque estaba frío, y la envolví entre las manos buscando un vestigio de confort.

—Lara —repitió. Su rostro estaba arrugado por el sueño—. Esto no está bien, ¿sabes? Si vamos a formar una familia, si nos va a llegar el día, y sé que va a llegar... Solo han pasado unos meses. Necesitamos llevar unas vidas menos estresantes. Necesitamos salir de Londres. Hay una oferta de trabajo a la que podría presentarme.

Suspiré. Sam siempre tuvo tendencia a proponerme grandes planes, y este, por lo que podía ver, era otro de ellos.

—¿En qué consiste el trabajo? —Me esperaba que fuera algo soso, en Hampshire o Surrey.

Sonrió.

—Es en un armador de yates de lujo, en Falmouth. He estado leyendo sobre la ciudad. Parece un buen sitio para vivir. Perfecto para una familia.

Me reí.

—Vale, nos vamos a vivir a Falmouth. ¡Así de fácil! Por cierto, ¿dónde está Falmouth? ¿En Devon? ¿Qué voy a hacer yo allí?

Se levantó y se colocó detrás de mí. Se inclinó y me rodeó con los brazos.

—En Cornualles —dijo en mi pelo—. Y tú, querida, vas a tener un bebé.

—Claro —dije en voz baja—. Pues consigue el trabajo y lo probamos.

Ni por un instante me esperaba que en realidad todo sucedería así, tan sencillo como si hubiera sido preparado. De lo contrario, no me lo habría tomado tan a la ligera. A Sam le dieron el puesto y nos mudamos. Los armadores querían que empezara cuanto antes, y en un abrir y cerrar de ojos vendimos nuestra casa —por suerte para nosotros en el momento álgido del mercado, aunque en aquel entonces parecía que los precios fueran a mantener la

tendencia ascendente para siempre—, dejamos nuestros trabajos de Londres y nos fuimos al oeste, y después seguimos hacia el oeste. Al final, a unas veinte millas del punto más occidental posible, aparcamos delante de nuestra nueva casa y comenzamos nuestra nueva vida.

Me gusta la vida en Cornualles, en muchos sentidos. Me gusta Falmouth. Si tuviera una familia y un empleo para mantener mi mente ocupada, sería feliz aquí. Hay playas y campo, bosques y tiendecitas. Es fácil llegar en tren a ciudades más grandes. A veces me resulta agradable la sensación de vivir apartada de casi todo el resto del país. No es Falmouth lo que está lejos, es todo lo demás.

Sin embargo, él y yo solos aquí, sin un bebé, sin ningún amigo cercano, sin trabajo, no es nada bueno. Estamos más cerca de los cuarenta que de los treinta, y no voy a vivir así indefinidamente. Falmouth está bien. Yo estoy bien. Sam y yo, donde quiera que estemos, ya no estaremos bien.

Sam se encuentra arriba, porque nuestra casa está construida al revés, en la ladera de una colina. Lo encuentro en la cocina, fregando las copas de Prosecco y los platos del bizcocho.

—¡Eh! —dice— Estás aquí.

—No hemos terminado la botella. —La saco del frigorífico y la sostengo a la luz—. Vamos a acabarla, venga.

Su risa es ligeramente nerviosa.

—Ni siquiera son las cinco, Lara, y ya has bebido mucho, ¿estás segura?

—Sí, venga. Yo secaré eso. Toma.

—¿Qué pasa?

Iba a pedirle que se sentara y contárselo con tacto, pero al final lo suelto sin más.

—Era Leon el que me ha llamado antes —le digo—. Ya sabes, mientras Iris estaba en casa. Sam, me han ofrecido un trabajo. En Londres, en la empresa de Sally. Para hacer justo lo mismo que antes. Me han pedido que me embarque en un proyecto de

desarrollo inmobiliario en Southwark. Transformar viejos almacenes en pisos, tiendas y todas esas cosas que hacía antes. Seré la responsable de desarrollo, básicamente mi antiguo trabajo. Hasta el momento, lo único que han hecho es comprar el terreno. El resto, equipo, diseño, todo el tema político para llevarlo a cabo, será responsabilidad mía. Todas las cosas que se me dan bien. Un contrato de seis meses. A corto plazo.

Me detengo, lo miro y espero.

—Imposible.

Lo sabía.

—Piénsalo, Sam. Está muy bien pagado. Seis meses. No es para siempre.

—Pero es en Londres. Yo no puedo dejar mi trabajo, así que no podemos irnos a vivir medio año a Londres, ¿no?

Engullo un trago burbujeante. El vino está flojo y tiene un regusto metálico.

—No puedes dejar tu trabajo —acepto; por el tono, parezco la mujer más razonable del mundo—. Pero yo puedo ir y venir. Me quedaré en casa de Olivia, o con mis padres. Hay un tren nocturno. Puedo irme el domingo por la noche y volver el viernes por la noche. Nos lo pasaremos genial los fines de semana.

—¡No! —Su voz suena categórica—. Lara, ni lo pienses. Nos mudamos de Londres para escapar de todo aquello. Íbamos a adoptar. No vas a regresar a esa carrera de locos. ¿Por qué demonios quieren que pongas tu vida patas arriba para ese puesto, en vez de emplear a una de las miles de personas cualificadas en Londres que podrían hacer el trabajo? Dices que todas esas cosas se te dan bien, pero en realidad es lo que se te daba bien antes. Hemos dejado atrás esa época, gracias a Dios.

Tengo el presentimiento de que es importante que él no se dé cuenta de cómo me hace sentir esto.

—Quiero hacerlo. —Mantengo la calma en la voz—. Echo de menos usar el cerebro, Sam. He fracasado con lo de ser madre. Esto es algo que sé que puedo hacer. Todavía soy buena en mi trabajo. No puedo traerme el trabajo aquí y quiero trabajar. Y, lo

principal: podemos terminar de pagar nuestras deudas en ese medio año.

Voy a aceptar el trabajo, aunque tenga que dejar a Sam. Este secreto me hace arder de culpa. Casi espero que diga que no. Si es así, me marcharé.

—Jolín, Lara. —Cuando dice eso, puedo palpar mi victoria.

Vacíó mi copa. Él hace lo mismo. Me mira con ojos tristes. Lo he decepcionado, una vez más. Fuera, el sol se refleja en el agua. Dos pichones se posan en la barandilla del balcón. La grúa gira, sacando un enorme contenedor cuadrado que contiene vete a saber qué de la cubierta de un gigantesco barco que ha llegado de vete a saber dónde.

A primera hora de la mañana, mientras el mundo exterior empieza a desperezarse, me despierto de golpe. Sam está vuelto hacia mí, roncando suavemente, con su rostro rosa y arrugado por la almohada.

Me voy a Londres. Mi vida estará ocupada. Estaré constantemente en movimiento. No es, en ningún sentido, una decisión fácil. Tendré que trabajar como acostumbraba, y después de mis años fuera del mundo laboral, necesitaré probarme a mí misma. Ir a Londres implicará volver a ser una mujer profesional; me supondrá tener un aspecto inmaculado, mostrarme serena y segura, trabajar con planos y con gente. Mi tarea será hacer que las cosas sucedan. Todo esto me sienta, visto de la distancia, como bucear en una piscina de agua fresca en un día caluroso.

Los pájaros en la calle arman tal alboroto que no entiendo cómo Sam, y todo el mundo, puede dormir con ese jaleo. El sol se arrastra por debajo de la persiana e ilumina perfectamente la habitación.

Nuestro dormitorio es pequeño. Hay que pegarse a la cama para llegar al armario. Íbamos a ampliar toda la planta baja de esta casa hecha al revés cuando tuviéramos una familia. Nuestra habitación sería más grande y estaría bien equipada. Sé perfectamente

lo que eso habría supuesto, porque solíamos hablar de ello todo el rato. Leíamos libros y planeábamos qué iba a ir dónde. Habría un moisés, una mesa cambiador con una bandeja en la parte inferior, y en la bandeja, una montañita de bodis doblados y chaquetitas diminutas.

Sam quería un bebé porque es un ser humano normal. Yo quería un bebé porque me parecía la mejor oportunidad que me quedaba de amar a alguien con pasión y entrega.

Lo observo dormido bajo la tenue luz de la mañana. Esto es tan íntimo que siento que no debería hacerlo, pero me incorporo sobre el codo y continuo mirándolo. Es vulnerable, inconsciente, y me recuerdo que debo tener pensamientos cariñosos porque él no es consciente de mí.

Dormirá él solo en esta cama seis días a la semana durante seis meses. Después de eso, seguramente sabremos qué hacer.

Si yo me fuera, le digo sin abrir la boca, encontrarías a alguien enseguida. Conocerías al tipo de mujer que necesitas. Podrías tener un hijo con ella, porque no le pasa nada a tu recuento de espermatozoides. En principio, tampoco hay nada raro en mis datos. Simplemente, no ha llegado el día.

Nunca deberías haberte casado conmigo. Envío esa realidad a su cabeza, por medio de telepatía. Habrías sido feliz con una esposa que te adorase, no con alguien que se aferra a ti como a una balsa en un mar embravecido y luego desea poder dejarte y seguir su camino cuando llegue a tierra. Pero ya es demasiado tarde. Debería, como siempre, haber escuchado los consejos de Leon. Me advirtió que no me casara con Sam.

«Te va genial ahora —dijo tras conocerlo—, pero, por el amor de Dios, Lara, no te cases con él. Te aburrirá hasta la muerte porque es demasiado bueno. Como aquel tipo, Olly, pero este no te puteará. Serás tú quien acabe puteándolo a él.»

Al menos en eso se equivocaba.

Cada día más, me voy imaginando a la mujer con la que debería estar Sam. Intento visualizar a su segunda esposa. Hoy observaba a Iris y me preguntaba si serviría, pero sabía que no.

Iris tiene novio, pero también tiene secretos. Oculta mucho de sí misma. Sam necesita una esposa que tenga tan pocos demonios como él.

La señora Finch ideal habría tenido una infancia feliz, y no sería ambiciosa en lo profesional. Desearía dedicarse a su familia y disfrutaría cuidando de la casa. Sería organizada, agradecida, y pensaría que Sam es la persona más *sexy* y fascinante del universo.

Ella y yo no seríamos amigas.

De un modo intermitente, he intentado y he fingido ser ella. Hoy me encuentro buscándola, como las mujeres de esos artículos de las revistas que saben que van a morir y empiezan a buscar a otra esposa para sus maridos, una nueva madre para sus hijos, antes de irse. Resulta raro que lo hagan, y más extraño todavía en mi caso, por eso de que estamos felizmente casados y tal y también porque nunca ha habido hijos.

Desearía tener un motivo para marcharme. Desearía poder aceptar que tengo un marido guapo, atento y encantador que me adora, y sentar la cabeza. Necesito que una de esas dos cosas ocurra.

Me iré a Londres. De ese modo, las cosas podrían cambiar, asentarse y arreglarse. Por otra parte, también sería factible alejarnos y separarnos de mutuo acuerdo, sin rencores ni culpas. Este es el material del que se componen mis sueños de día.

Salgo de la cama haciendo el menor ruido posible, bajo las escaleras de puntillas para poner la tetera al fuego y contemplar la salida del sol.